




Cuentos por
la igualdad
2012



Un año más, el Ayuntamiento de Alcalá la Real, presenta los cuentos ganadores del III Certamen de Cuentos por la Igualdad. Un certamen que se va consolidando gracias al interés y la ilusión de su convocatoria y a la participación de quienes nos envían sus escritos.

Estos cuentos, no solo abren las puertas a la imaginación y a un mundo de fantasía, sino que también pretenden transmitir valores de respeto e igualdad, entre mujeres y hombres.

Esperamos que disfruten tanto de las historias como de las ilustraciones que los acompañan.

*Teresa Hinojosa Afán de Rivera
Concejala del Área de Igualdad del Ayuntamiento de Alcalá la Real.*





The background features a soft, painterly illustration of a hen and her chicks. The hen is in the foreground, facing left, with a red comb and wattle. She is surrounded by several small chicks of various colors, including brown, purple, and yellow. The scene is set in a light, hazy outdoor environment.

I Un gran cambio en el gallinero

Miguel Ángel Carcelén Gandía

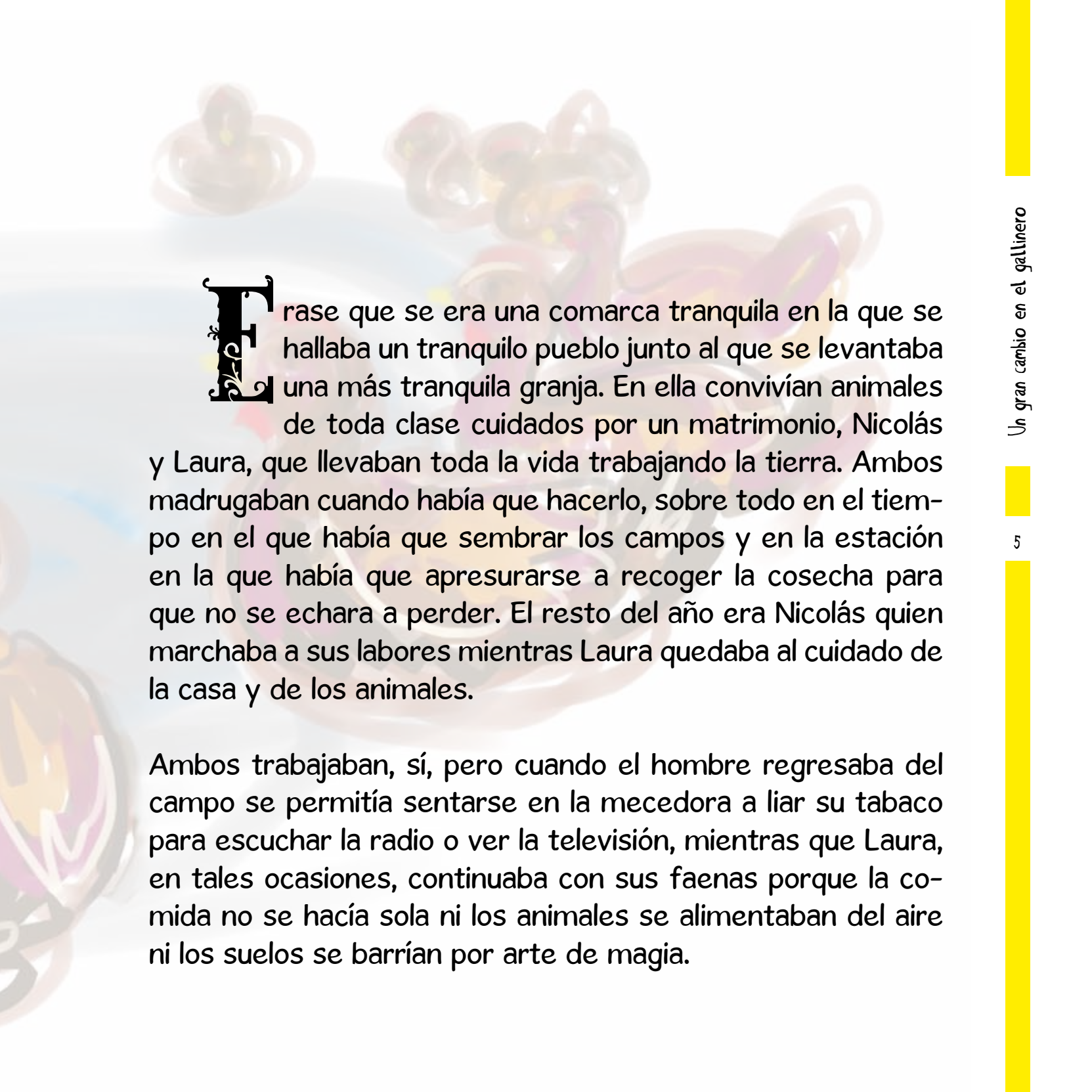
Obra ganadora del III Certamen de cuentos por la igualdad 2012:
“UN GRAN CAMBIO EN EL GALLINERO”

Nació en Villalgordo del Júcar, Albacete, hace más de cuatro décadas, y desde hace más de tres se dedica a jugar con las palabras para crear ilusiones en forma de cuentos, novelas y alguna rima. Ha ganado más de trescientos premios literarios, publicado una veintena de libros –veintiséis para ser exactos- y colaborado en muchas más ocasiones con revistas literarias.

Para saber algo más de él se puede visitar su blog: [http:// miguelangelcarcelen.blogspot.com](http://miguelangelcarcelen.blogspot.com)

Dedicatoria del autor:

Para la Rosario de la Caridad, resucitada de entre los vivos.



Frasede que se era una comarca tranquila en la que se hallaba un tranquilo pueblo junto al que se levantaba una más tranquila granja. En ella convivían animales de toda clase cuidados por un matrimonio, Nicolás y Laura, que llevaban toda la vida trabajando la tierra. Ambos madrugaban cuando había que hacerlo, sobre todo en el tiempo en el que había que sembrar los campos y en la estación en la que había que apresurarse a recoger la cosecha para que no se echara a perder. El resto del año era Nicolás quien marchaba a sus labores mientras Laura quedaba al cuidado de la casa y de los animales.

Ambos trabajaban, sí, pero cuando el hombre regresaba del campo se permitía sentarse en la mecedora a liar su tabaco para escuchar la radio o ver la televisión, mientras que Laura, en tales ocasiones, continuaba con sus faenas porque la comida no se hacía sola ni los animales se alimentaban del aire ni los suelos se barrían por arte de magia.

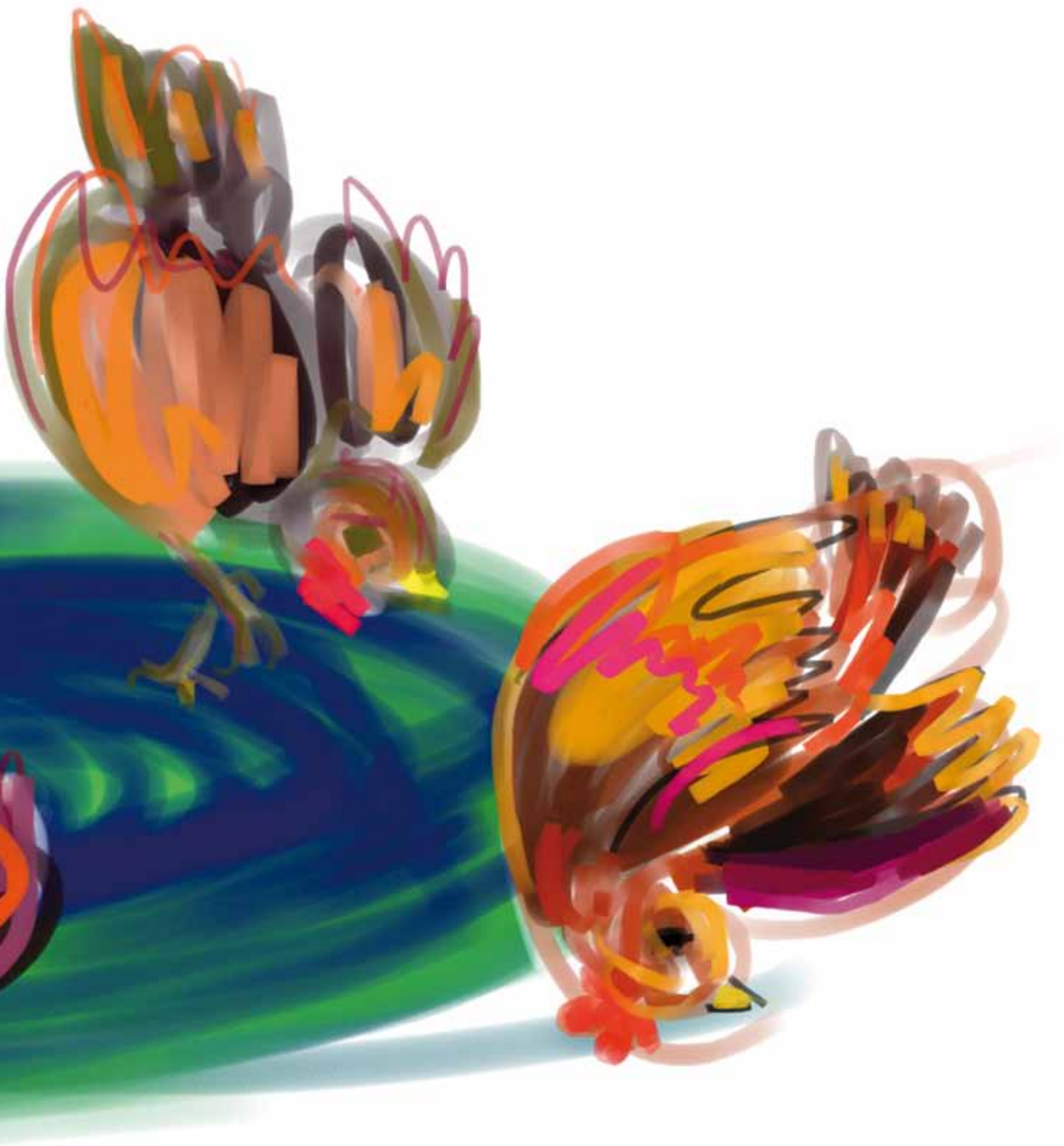


En una ocasión la mujer le comentó a Nicolás que llevaba unos días observando algo extraño que sucedía en el gallinero. Algo inaudito. Los cerdos, las vacas, las cabras, los conejos, la mula, el gato y los dos perros se comportaban como siempre, sin embargo, las gallinas parecían haber variado sus costumbres.

- Pero ¿sigue el gallo cantando? –preguntó Nicolás.
- Sí, el gallo canta.
- ¿Y las gallinas siguen poniendo huevos? –insistió el marido.
- Pues sí, huevos ponen todos los días, como siempre –explicó la mujer.
- Entonces no hay de qué preocuparse.
- Pero... –protestó Laura.
- Ni peros ni peras, serán imaginaciones tuyas –terminó Nicolás con estas palabras la conversación.


Pero el “pero” de Laura no se debía a sus imaginaciones. Algo estaba sucediendo en el gallinero. Y todo se debía a que la pollita Carolina se había hecho mayor, ya era adulta, y estaba viendo que no le gustaba ser adulta, no tanto como ser una bolita amarilla que se pasaba el día picoteando toda clase de gusanitos y semillas por el campo, libre de preocupaciones, dejándose calentar por las noches al calor de las alas de mamá gallina, Berta Picofino. Ésta le había advertido que se







dejara de tonterías y se comportara como una gallina normal, que pusiera huevos, atendiese a sus obligaciones del gallinero y sanseacabó. Pero Carolina no estaba conforme, y según pasaban los días su preocupación se transformaba en enfado. La gallina Carolina estaba enfadada, muy enfadada. Ella y sus compañeras se pasaban todo el día trabajando, limpiando los nidos, escarbando en el suelo para buscar gusanos y lombrí-



ces con los que alimentarse, poniendo huevos, enseñando a sus hermanos menores, los pollitos, a hacerse pollos de provecho, sacando brillo a las maderas del gallinero y, mientras tanto, el gallo Ginés holgazaneando sobre el palo mayor del corral.

El gallo Ginés no hacía otra cosa que cantar su kikirikí, presumir de los brillantes colores de sus bonitas plumas y comerse el pienso que el granjero cada mañana le dejaba en su caseta.

La gallina Carolina se quejaba:

- ¿Por qué a ti te dan de comer y nosotras tenemos que buscar la comida?, ¿por qué tú no tienes que trabajar y las gallinas sí?

Y el gallo Ginés le contestaba tras cantar de nuevo su kikirikí:

- Muy sencillo, porque yo soy el gallo del corral, el que despierta a los granjeros y el que tiene las plumas más bonitas de toda la granja. Además, soy mucho más fuerte que vosotras, las gallinas.



En eso tenía razón. Una vez intentaron quitarle la comida para compartirla entre todas las gallinas, y el gallo comenzó a picotazos con ellas. Las gallinas tuvieron que huir sin comida y magulladas.

- ¡Pues no es justo, en absoluto, no es justo y no es justo! –se enfadaba todavía más Carolina, y las demás gallinas, sobre todo las más jóvenes, con el tiempo le fueron dando la razón. Carolina entonces, después de mucho pensarlo y desoyendo los consejos de su madre, Berta Picofino, propuso a sus amigas ir a hablar con el granjero para que las tratara igual que al gallo, idea que a todas pareció fantástica.

- ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes? –se decían unas a otras, y se alegraban con antelación del resultado de la charla con Nicolás.

Y dicho y hecho. Carolina y otras dos gallinas más, Crestalinda y Buchegris, salieron del corral y fueron hasta la casa del granjero. Tocaron con el pico en la puerta hasta que apareció doña Laura.

La granjera vio que lo que le había contado al marido no eran imaginaciones suyas. Que dos gallinas llegaran hasta su puerta

y tocaran con el pico en ella confirmaba sus sospechas de que algo sucedía en el gallinero.

- Señora –le dijeron-, venimos a hablar con su marido. Laura no se sorprendió tanto de que las gallinas hablaran (porque esto es un cuento y en los cuentos las nubes pueden ser de algodón dulce y las gallinas hablar), como de que quisieran hablar con Nicolás, cuando él tan poco trato tenía con los animales.

- ¿Y de qué queréis hablar con mi marido, si puede saberse? –preguntó, tremendamente intrigada.

- Verá, doña Laura, queremos decirle que estamos cansadas de que se porte con el gallo Ginés mucho mejor que con nosotras. Él no hace nada y nosotras nos pasamos el día trabajando. No es justo. Queremos que las cosas cambien.

Doña Laura se echó a reír y les contestó:

- Pero gallinitas, si siempre ha sido así. Siempre se ha tratado mejor a los gallos que a las gallinas, siempre, desde que era niña. No podéis venir ahora a cambiar eso, ¡qué ocurrencias! ¡Anda, marchaos antes de que me enfade! –y seguía riéndose por lo que le parecía una idea ridícula.

Las gallinas volvieron muy tristes al corral. Ni doña Laura las

entendía. Las cosas siempre habían sido así, por supuesto, pero no era justo.

El gallo Ginés, para colmo, se burló de ellas:

- Gallinitas –les dijo–, ¿no os dais cuenta de que las cosas están bien así? Kikirikí, kikirikí... el día que podáis cantar tan bien como yo, el día que vuestras plumas sean tan bonitas como las mías, entonces y sólo entonces pedid que os traten como a mí.

Carolina se quedó pensativa y estuvo toda la noche dándole vueltas a una nueva idea. Ella no podía consentir que el gallo fuese más importante sólo por ser más fuerte y porque supiese cantar.

- ¡Ya lo tengo! –gritó en medio del gallinero en plena noche, despertando a todas las gallinas–, ¡ya sé lo que haremos!

Las gallinas se arremolinaron a su alrededor y escucharon sus palabras, al tiempo que el gallo, también despierto, intentaba oír lo que decían, sin conseguirlo. Berta Picofino también se acercó a escuchar lo que tramaba su hija. Poco a poco se iba dejando convencer por las ideas de Carolina.

La mañana siguiente fue igual que cualquier otra mañana, igual hasta que la granjera se acercó a recoger los huevos que ponían las gallinas.

- ¡Oh! –gritó Laura, muy sorprendida-, ¿qué es esto?

La mujer no podía creer lo que estaba ocurriendo, era la primera vez que las gallinas no ponían huevos.

- ¡Ni un solo huevo! –volvió a gritar.

Corrió a la casa a contárselo a su marido.

- ¿Lo ves como tenía razón, Nicolás? Algo extraño está sucediendo en el gallinero. Primero vienen las gallinas queriendo hablar contigo y ahora no ponen huevos. No eran imaginaciones mías.

Nicolás se acercó al gallinero y comprobó por sí mismo que su mujer tenía toda la razón del mundo.

Y al día siguiente sucedió lo mismo, y al tercer día igual, y al cuarto, y al quinto. El granjero le pidió a Laura que hablara con las gallinas para ver qué estaba sucediendo.

- Hemos decidido no volver a poner huevos hasta que no se nos trate del mismo modo que al gallo Ginés –explicó Carolina.

- Pues entonces tendré que echarte de mi corral –amenazó Laura.

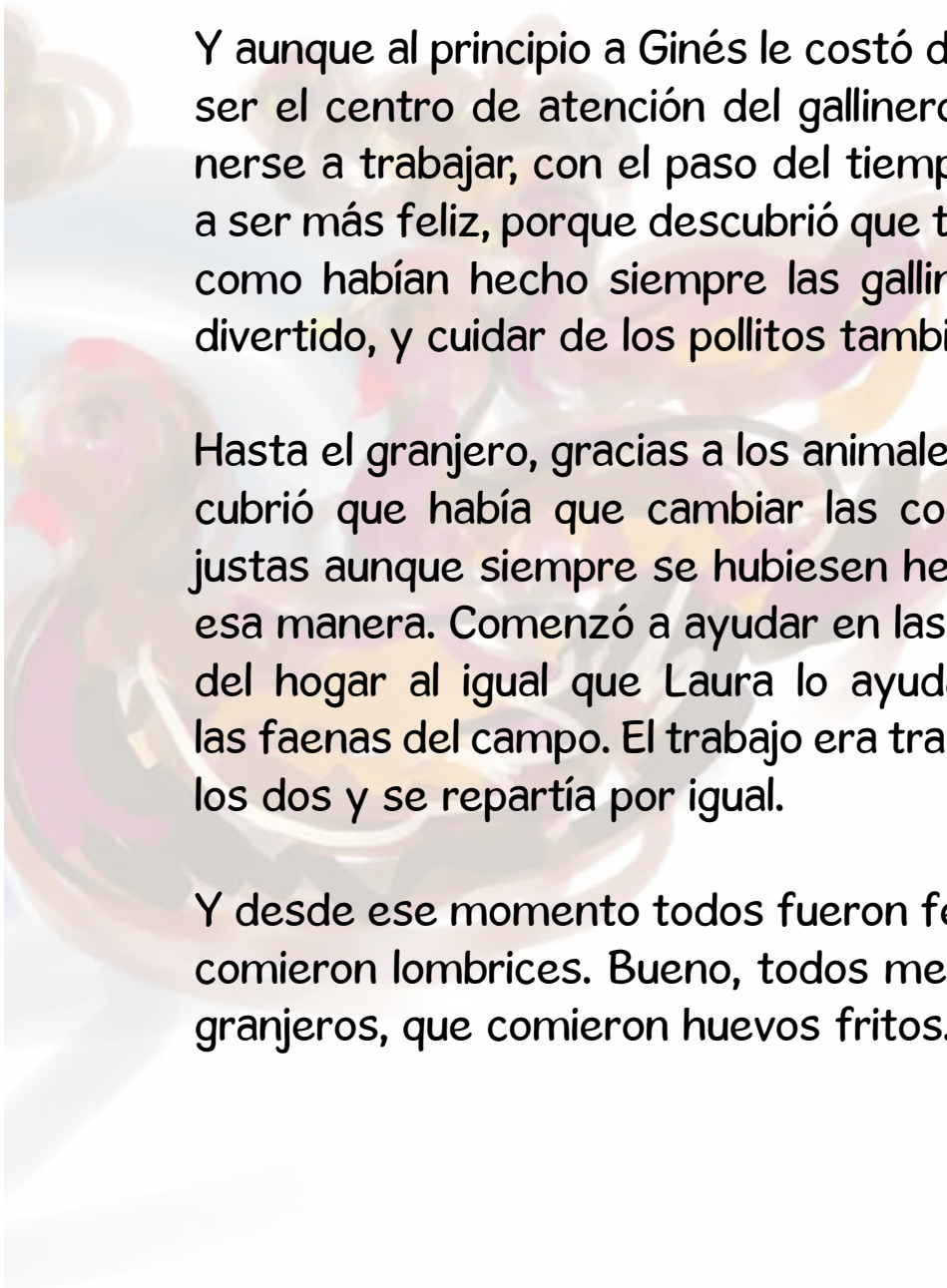
Al momento, detrás de Carolina se pusieron, una a una, todas las demás gallinas, incluso Berta Picofino. Todas apoyaron a Carolina.

- Si ella se marcha, nosotras también –gritaron a un tiempo. Laura no podía permitir que se vaciara su gallinero, porque si sólo se quedaba el gallo, ¿quién pondría los huevos? Entonces comenzó a darle vueltas a la situación. A su marido tampoco le agradaría no poder comer las ricas tortillas que tanto le gustaban.

Si al gallo Ginés lo trataban bien porque cantaba y era elegante, a ellas, las gallinas, debían de tratarlas bien porque todos los días ponían huevos que servían de alimento a los granjeros, además de ocuparse de todas las tareas del corral y de educar a los pollitos.

Entonces Laura se dio cuenta de que aunque las cosas siempre habían sido de otro modo, podían cambiar, era justo que cambiasen, y ella y su marido, a partir de ese día, dieron de comer a todos por igual, tanto al gallo como a las gallinas, y ya que el gallo Ginés sólo cantaba y no ponía huevos, lo obligaron a que también se ocupase de la educación de los pollitos.





Y aunque al principio a Ginés le costó dejar de ser el centro de atención del gallinero y ponerse a trabajar, con el paso del tiempo llegó a ser más feliz, porque descubrió que trabajar como habían hecho siempre las gallinas era divertido, y cuidar de los pollitos también.

Hasta el granjero, gracias a los animales, descubrió que había que cambiar las cosas injustas aunque siempre se hubiesen hecho de esa manera. Comenzó a ayudar en las tareas del hogar al igual que Laura lo ayudaba en las faenas del campo. El trabajo era trabajo de los dos y se repartía por igual.

Y desde ese momento todos fueron felices y comieron lombrices. Bueno, todos menos los granjeros, que comieron huevos fritos.





II

Ni churras

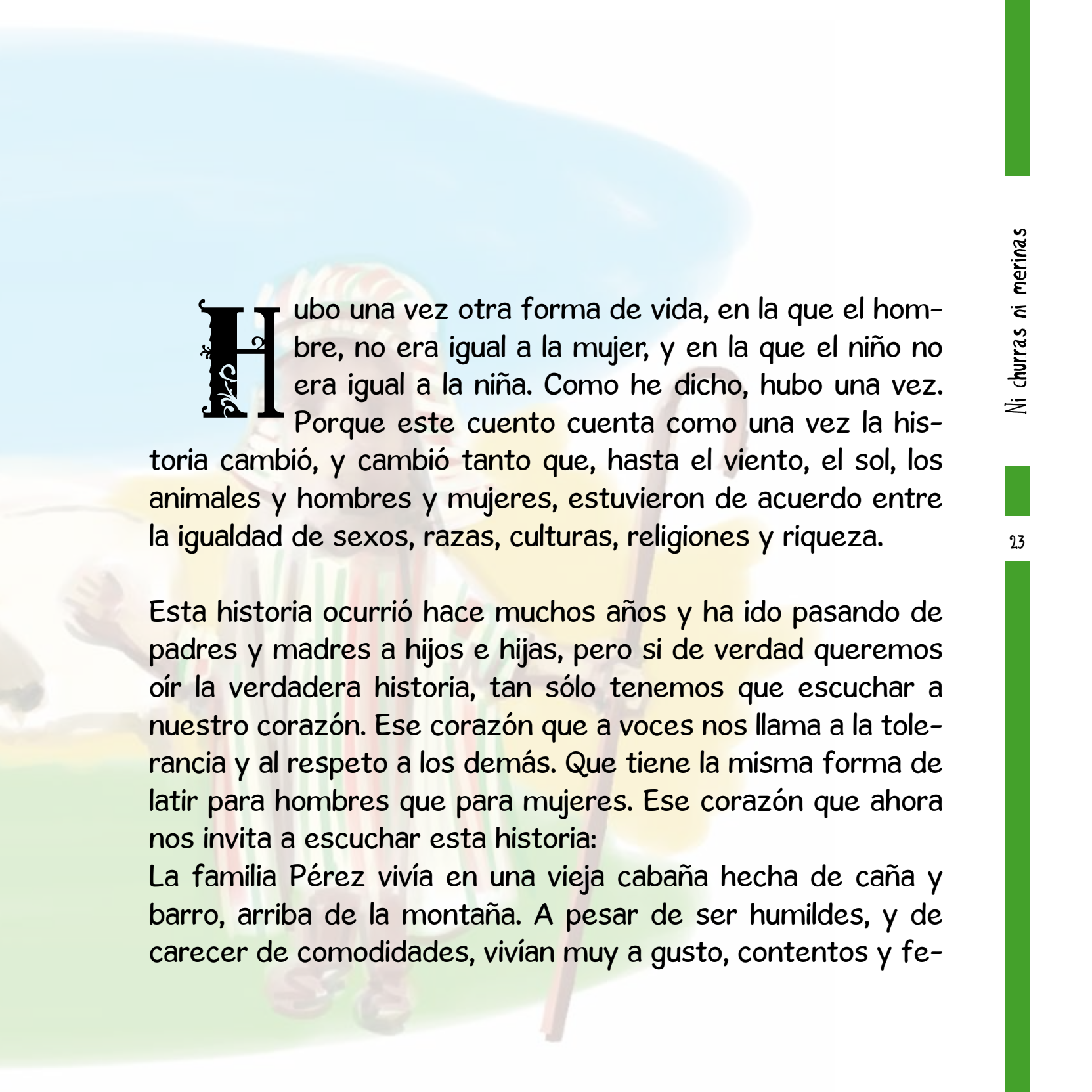
Ni merinas

Antonia Fátima Jiménez Pérez

Accesit del III Certamen de cuentos por la igualdad 2012:
“NI CHURRAS NI MERINAS”

Nació en Alcalá la Real en 1976. Siempre le gustó escribir, ya destacaba por sus narraciones en el Colegio Público Alonso Alcalá y en el Instituto de Bachillerato Alfonso XI; en 1997 ganó el primer premio de poesía del I.E.S. “Virgen de las Nieves” de Granada.

Le gusta empaparse de toda aquella anécdota que le pueda inspirar para crear una poesía o historia y observar la vida cotidiana, esa que está llena de héroes, hombres, mujeres, niños y niñas que no se rinden, que luchan y se esfuerzan día a día por conseguir aquello que quieren. Por eso considera que su cuento no es sólo su obra, detrás de cada palabra están todas las personas “luchadoras natas” que le regalaron cada renglón y que sin ellas no hubiera sido posible.



Hubo una vez otra forma de vida, en la que el hombre, no era igual a la mujer, y en la que el niño no era igual a la niña. Como he dicho, hubo una vez. Porque este cuento cuenta como una vez la historia cambió, y cambió tanto que, hasta el viento, el sol, los animales y hombres y mujeres, estuvieron de acuerdo entre la igualdad de sexos, razas, culturas, religiones y riqueza.

Esta historia ocurrió hace muchos años y ha ido pasando de padres y madres a hijos e hijas, pero si de verdad queremos oír la verdadera historia, tan sólo tenemos que escuchar a nuestro corazón. Ese corazón que a voces nos llama a la tolerancia y al respeto a los demás. Que tiene la misma forma de latir para hombres que para mujeres. Ese corazón que ahora nos invita a escuchar esta historia:

La familia Pérez vivía en una vieja cabaña hecha de caña y barro, arriba de la montaña. A pesar de ser humildes, y de carecer de comodidades, vivían muy a gusto, contentos y fe-





lices. Papá Pérez tenía un rebaño de ovejas que sacaba a pastar a diario, Mamá Pérez siempre afanosa en las tareas diarias, hacía el queso y tejía la lana. Brígida, la niña, ayudaba a mamá y Luis, su hermano, un par de años mayor, cuidaba con papá del rebaño.

Una vez al mes, papá, bajaba al pueblo a comprar.

Cuando Papá Pérez consideró a Luis lo suficiente mayor para poder acompañarlo y ayudarlo con el saco de la compra, Luis empezó a bajar al pueblo con papá, aunque Brígida también quería acompañarlos, Papá le decía que no y Mamá la convencía diciéndole lo importante que era su compañía, en caso



de que atacara el lobo, y quien sino, le ayudaría a hacer el pan y el queso.

Un día al subir con la pesada compra, papá se dobló un tobillo y casi no podía andar, a duras penas consiguió llegar a la cabaña. Cuando su mujer le vio el tobillo tan hinchado, le dijo que debería guardar reposo, y estar un tiempo sin andar, sino no mejoraría y podría ser peor.

El padre enfadado le contestó:

- ¡Eso no puede ser, tengo que sacar las ovejas a pastar, además, ahora en la época que estamos, sabes que... alrededor de la cabaña no hay pastos, tengo que subir a la cabaña de verano, más arriba en la cumbre, donde el deshielo hace que aún haya frescos pastos, hasta que llegue la próxima semana. Entonces bajaré a la feria del pueblo y como cada año venderé y compraré ovejas nuevas.

La mujer, no viendo tanto problema, le dijo:

- ¡Me da igual como te pongas, pero no quiero tener un marido cojo para toda la vida, así que deberás aceptarlo y dejar que los niños vayan solos a la cabaña de verano, uno cuidará del otro y no les pasará nada!.

Cuando Brígida escuchó a su madre, sus ojos brillaban como dos luciérnagas, pues nunca había salido de la cabaña. Era una oportunidad para conocer otro mundo. Pero entonces escuchó a su hermano decir:

- ¿Cómo?, ¿con mi hermana... a la cabaña de verano con las ovejas?, no gracias, mejor voy sólo, me dará más problemas que ayuda. Si no tiene fuerza ni para partir un leño. Yo sé bien arreglármelas solo, además llevaré a Sultán, mi valiente perro fiel.

- ¡De eso nada Luis! -le contestó la madre. -No pasa nada si es menos fuerte que tú, no todo se mide por la fuerza. ¿Qué tal si te pasa como a papá y no puedes andar?, ¿quién bajará a avisarnos? ¡Te guste o no, os subiréis los dos!

Así que refunfuñando, salió Luis cargado con el zurrón repleto de pan y queso. Corriendo detrás, Brígida, pegaba saltos de la alegría que le daba poder acompañar a su hermano. Allá salieron con su rebaño montaña arriba, y agitando sus manos: -¡Adiós mamá!

- Adiós, ¡cuidaros mucho hijos míos! -Se despidió la madre sollozando.

En todo el camino Luis no dirigió palabra a Brígida, ni siquiera miraba hacia atrás para ver si le seguía. Tan sólo se escuchaba los cencerros de las ovejas, y los ladridos de Sultán para mantenerlas reunidas. Por fin, después de andar toda la tarde llegaron a la cabaña, y antes de que se pusiera el sol, buscaron un poco de paja, bien seca, para esparcirla por el suelo de la cabaña. Aunque era verano y se agradecía una buena sombra, por la noche refrescaba, y la paja, junto con una buena piel curtida de oveja sobre el suelo, les aislaría del gélido frío de la alta montaña.

Comieron un poco de lo que su madre les había echado en el zurrón y se echaron a dormir.

De pronto Sultán empezó a ladrar como loco y las ovejas a balar y balar. Brígida se despertó y asomó la cabeza por un pequeño agujero que a modo de ventana tenía la cabaña. Atónita estaba viendo como una jauría de lobos tenían rodeado el rebaño. Sultán ya no ladraba, estaba aturdido en el suelo de un buen mordisco que había recibido al intentar guardar las ovejas.

- ¡Luis, Luis!-llamó agitadamente a su hermano. -¡Vamos, Luis, los lobos se comen a las ovejas!

Luis se levantó sobresaltado y empezó a temblar de miedo, -pero... ¿qué vamos a hacer? ¡No podemos salir, nos comerán también!

- ¡Claro que vamos a salir! -Le contestó valientemente Brígida. Entonces vio la antorcha que su padre, guardaba en la cabaña, y que había hecho con cañas y hojas de maíz. -Encenderé la antorcha y los asustaré con el fuego. -Sin pensarlo más la encendió y salió gritando:

-¡Fuera, fuera lobos, dejad mis ovejas en paz!

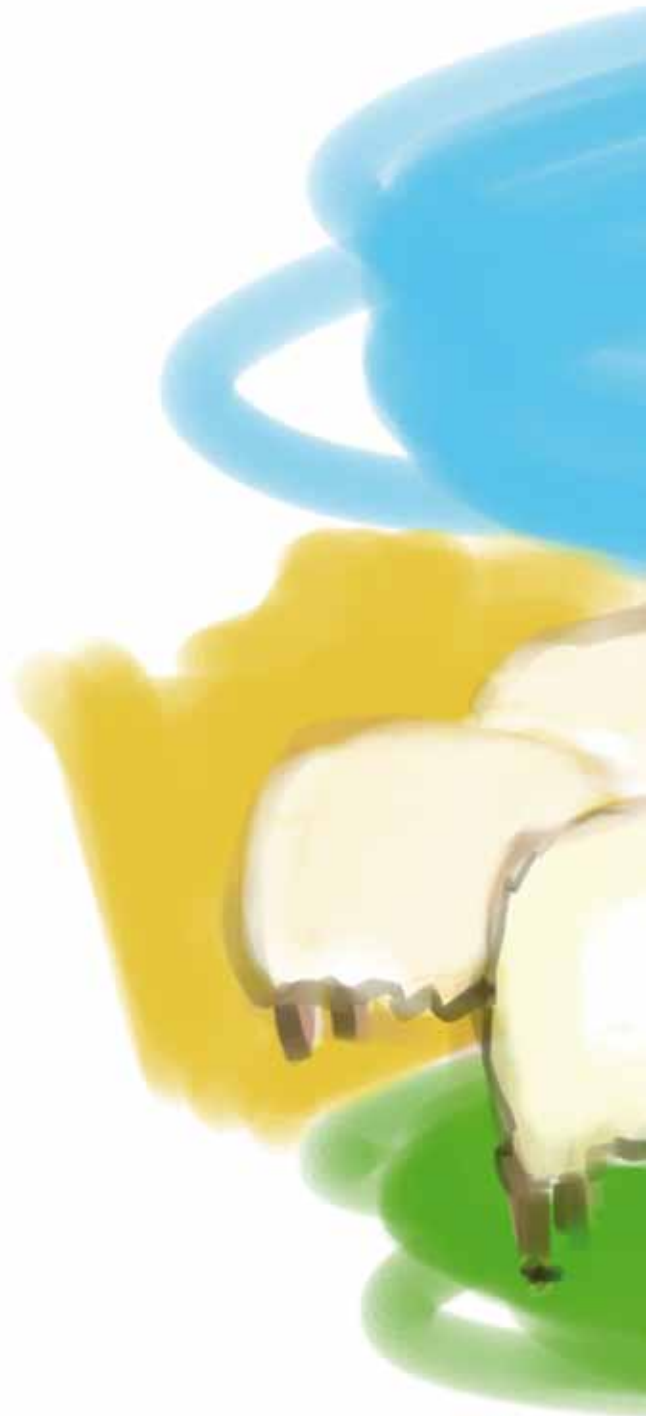
Mientras, Luis seguía inmovilizado de miedo. Brígida le gritó:

- ¡Venga Luis, coge tu onda y tírales piedras, así huirán!

Al fin reaccionó Luis, y empezó a lanzar piedras y piedras... y se oían los gruñidos de los lobos de las pedradas que recibían, entonces Sultán se recuperó y también empezó a ladrar fuertemente y lanzar mordiscos.

Ya quedaban sólo dos lobos. Brígida, cogió en su otra mano un puñado de paja y la prendió también, se acercó un poco más a ellos y empezó a hacer movimientos con sus brazos, segura de sí misma. Su madre le había dicho que los lobos nunca se acercan al fuego. Por fin consiguió que se fueran.

Los dos hermanos no pudieron otra cosa que abrazarse muy fuertemente.







- Oh Brígida. -Le dijo Luis. -Si no hubiera sido por ti, estaría ahora dentro de la panza de esos lobos.

- Lo mismo digo, Luis, si no hubiera sido por tus pedradas, ¿dónde estaría yo? Por eso es importante que estemos juntos y que hagamos lo mismo uno que otro, no importa que yo sea niña para cuidar del rebaño ni que tú seas niño para ayudar en casa y hacer el queso. Para que no nos vuelva a ocurrir esto, dejaremos todas las noches un fuego encendido para ahuyentarlos. Ahora durmamos que pronto amanecerá.

Así que los dos se acostaron más juntos que nunca y Luis pensó en las palabras de su hermana.

La mañana amanecía clara, sin nubes y con un sol radiante. Los pájaros trinaban y las ovejas pastaban en la hierba fresca, cogieron un cazo tiznado que había colgado en la cabaña, ordeñaron una oveja churra y calentaron la leche en los rescollos del fuego. Entonces dijo Luis, saboreando la leche:

- Le diré a papá que compre más ovejas churras, pues la mejor leche es la de ellas.

Brígida frunció el ceño y dijo: -¿Por qué dices eso? Sabes lo rico que está nuestro queso y está hecho con leche, tanto de

churras como de merinas. ¡Qué importa una raza u otra!, cada una aporta una riqueza, la merina tiene una lana estupenda.

-¡Bueno, bueno, vale, como siempre llevas tú la razón, venga vamos que se nos hace tarde!

Así partieron para un prado que había un poco más arriba, sabiendo Brígida que su hermano aún seguía pensando que una raza era mejor que otra, pero pronto cambiaría su opinión.

Entonces escucharon el balido temeroso de una de sus ovejas, miraron y vieron que se había quedado atrapada en unas ramas secas, justo en el pico más peligroso de la cima. ¿Cómo habrá podido subir? –Se preguntó Luis. – Es imposible sacar la oveja de allí. – Luis tenía ganas de llorar pues no sabía qué hacer.

– ¡Venga Luis, no te desesperes!, seguro que juntos se nos ocurre una buena idea. – Aunque Brígida le había dicho esto a su hermano para no desanimarlo sabía que sería una tarea difícil. Mientras pensaba en algo, giró su cabeza y vio como se acercaba por el lado este de la montaña, un niño de la edad de Luis con un rebaño de ovejas y un largo bastón. Venía vestido muy raro, con un turbante en la cabeza y un vestido que le llegaba hasta los pies. Qué mas daba, lo importante era que le

unamos nuestro esfuerzo!

Brígida se puso los pantalones y Luis aceptó ponerse la falda, por un momento. Entre todos, con la ayuda de Sultán y el cayado de Said lograron sacar a la oveja de allí.

Una vez tranquilizados todos, Brígida se presentó y también presentó a su hermano. Y como tenía mucha curiosidad le preguntó que por qué iba vestido así y dónde vivía. Said le dijo: - Mi familia es de Marruecos y sigo sus costumbres, cultura y tradiciones. Me he venido a vivir aquí con mis tíos. Me subo en verano a la montaña para apacentar las ovejas. Y voy vestido así, porque mi pueblo es de cultura islámica y religión musulmana. Usamos turbante para no sentir tanto el calor del sol en la cabeza, también lo usan en la India. El vestido se llama chilaba y lo llevan tanto hombres como mujeres.

- ¡Pues vaya! -Dijo Luis - Si mi padre te viera, no sabría qué decir, pues siempre ha dicho que los pantalones los llevan los hombres. Entonces con cara de risa Said miró a Luis y le dijo: - ¿y tú qué llevas? -Todos a la vez, miraron a Luis, que aún no se había quitado la falda de su hermana, y bromearon juntos, antes de que Luis le dijera a Brígida.

- ¡Oye que yo no voy vestido así porque quiero!, además devuélveme ya mis pantalones.





- Yo siempre llevo vestido o falda – dijo Brígida- Y te aseguro que estaría mucho más cómoda con estos pantalones. Mira como tengo las piernas de arañazos. No creo que haya ropa de sólo hombre o sólo mujer, así que hay que ser prácticos y si en ocasiones es mejor que las mujeres lleven pantalón no veo porqué no, al igual que si lo hombres quieren llevar falda o chilaba como vosotros, ja, ja...

Entonces Luis se quedó mirando el rebaño de Said, - pero... que ovejas tan raras tienes, que lanas más largas.

Said dijo: - Son de una raza denominada latxa. El origen de la palabra “latxa” proviene del euskera y quiere decir “basta” en relación con la aspereza de la lana. Su origen es muy remoto y su conservación se debe en parte, a la prohibición que durante siglos no permitió la importación de otras razas. Pero aunque ahora sólo ves es-

tas, mi tío cuida otro rebaño en el que hay otras razas: gallega, mallorquina, segureña, alcarreña, aranesa, castellana, navarra, aragonesa...Todas las que den buena leche y lana son buenas, qué más da de donde vengan.

- Es curioso, porque nosotros siempre hemos tenido de dos razas churras y merinas. Aunque yo pienso que las merinas son las mejores porque son de mi tierra. -Contestó Luis-

- No te equivoques, -contestó Said-, y siguió explicando: - la raza nació en la región de Andalucía, pero sus raíces se sitúan en el norte de África o incluso en oriente próximo. De hecho se asocia el origen del nombre en la tribu de los benimerines, que son los que introdujeron la raza durante la época de dominación musulmana en España.

- Pues eso es lo que yo digo que importa el origen, raza, o color, todas dan leche blanca del que sacamos un rico queso. Así que te daré un trozo para que pruebes nuestro queso. -Said dijo a Brígida: -Shokran-, que en árabe quiere decir gracias Bueno me tengo que ir, mis tíos me esperan para comer: - Ma'a ElSalama "adiós" que es lo mismo que la paz os acompañe. - Ma'a ElSalama -dijeron al unísono Luis y Brígida.

Luis y Brígida se habían quedado ensimismados mirando a Said como se alejaba con su bastón en la mano y su movimiento de

chilaba de un lado hacia otro. Luis pensó, aunque parecía tan diferente, en el fondo era tan igual a él, además sabía mucho y aunque le había costado un poco entender como hablaba, por el acento que tenía, al final había sido capaz de comunicarse perfectamente. Luis notaba que la manera que tenía de ver el mundo le limitaba en su capacidad de decidir y actuar. Said le había enseñado otra forma de pensar.

Aquel día fue muy especial para Luis y Brígida. Aunque Luis siempre miraba el atardecer, hoy encontraba algo que nunca había visto, aunque siempre lo había mirado, el sol les sonreía, como si se alegrara de la conducta de aquellos chiquillos, les regalaba sus últimos rayos.

A la mañana siguiente cuando se levantó Brígida, encontró que Luis había madrugado más que ella y que al contrario que otros días, había preparado el desayuno. Luis estaba contando a las ovejas....24 y 25. Brígida al escuchar a Luis se asustó pues debía haber 26. Ya pensaba que los lobos habrían hecho de las suyas, cuando las volvió a contar y vio que había 26. – Luis, ¿por qué has dicho que hay 25, si en realidad hay 26 ovejas?, -preguntó Brígida.

-¡Ah! Porque la oveja negra no la cuento, y - ¿por qué no la cuentas? - preguntó Brígida. Porque es negra -contestó Luis. - Muy bonito, ¿no hemos dicho que todas dan leche blanca y hacen posible nuestro rico queso?, ¡qué importa el color! Además ya estoy cansada de que siempre trates al carnero como un privilegiado, no porque sea el único y el jefe, es diferente al rebaño. Son nuestro rebaño y todos nos dan lo mejor de sí, así que debemos de tratarlos a todos igual, sin importar raza, color o sexo. El jefe del rebaño es un animal como los otros. Así fue pasando la semana y la hora de bajar a casa. Aquella mañana se levantaron y dejaron la cabaña recogida. Luis le prestó unos pantalones a Brígida, para que en la bajada no se rozara con los matorrales y evitara algún rasguño si se resbalaba. Luis con la falda de Brígida se hizo un turbante y se lo puso en la cabeza, y comprobó que realmente le pegaba memos el sol.

Cuando la madre vio acercarse a sus hijos corrió hacia ellos y los abrazó: -¡hijos míos cuantas ganas tenía de veros, os tengo preparada una buena comida! ¡Vamos que ya está lista! Cuando entraron a la casa vieron a papá que aún seguía con el pie en alto, y lo primero que dijo es: -¡pero bueno, de donde habéis salido!, Brígida, quítate ahora mismo esos pantalones

que son de niño. -Papá, papá, cálmate deja que te expliquemos-.

Entonces es cuando le contaron la noche de los lobos y como habían defendido el rebaño y como habían conocido a Said y les había ayudado. El padre comprendió que no había tratado a sus hijos por igual, pues a Brígida no le había enseñado a guardar del rebaño y sin embargo lo había cuidado y defendido, y tampoco la había dejado ir con él al pueblo a conocer otra gente. A Luis nunca lo dejó con la madre para que aprendiera a hacer queso. Además el padre sabía que tenía que confiar en toda su familia, si quería sacar la temporada adelante. Su pie seguía mal y él no podría bajar a la feria a vender el ganado. Así, aunque era cosa de hombres, debía de dejar que fuera su mujer la que esta vez tomara el mando y “llevara los pantalones”.

Cuando terminaron de comer, se levantó Brígida y su madre para recoger la mesa, pero también Luis que dijo: - Mamá entre todos recogeremos y ordeñaremos a las ovejas para hacer el queso fresco que venderemos en la feria. -Así lo hicieron, papá, mamá, Luis y Brígida, ordeñaron al rebaño e hicieron el queso. Brígida estaba tan contenta con su hermano que le dio un beso. Luis iba a partir unos cuantos palos para el

fuego y fue Brígida la que le dijo: - Venga ya te ayudo, aunque con menos fuerza pero con ganas también lo puedo conseguir. ¡Ah! Luis también me gustaría que me enseñaras a tejer esparto, papá sólo te lo enseñó a ti. Quiero hacer un zurrón a Said, quizás lo veamos en el pueblo, ¡me encantaría mantener la amistad con él! -Brígida sabía que debido a su condición humilde y que no siempre iba bien vestida, no tendría amigos en el pueblo. Los niños preferían juntarse con lo que tenían más dinero y cosas y ella sólo tenía a su familia y a sus ovejas. Al día siguiente, los preparativos estaban dispuestos y el padre ya les había dicho a qué precio tenían que vender las ovejas churras y a cuanto las merinas.

Se despidieron y se fueron colina abajo. El pueblo estaba lleno de gente y rebaños. En este día todos los alrededores se juntaban en el pueblo y se reencontraban después de mucho tiempo.

Cuando vieron aparecer a la Sra. Pérez, así la llamaban en el pueblo, todos empezaron a cuchichear: - ¿Pero que hace una mujer aquí?, ¿no sabe que los negocios se hacen con hombres?, y encima haberse visto, ¡trae los pantalones de su marido! - A la madre de Brígida le gustó la idea de su hija y pues-

to que la ropa no tiene sexo, los pantalones para estos casos eran más cómodos.

El queso se vendió bien, como siempre, a todos les gustaba el queso que hacía la Sra. Pérez, aunque en esta ocasión no sabían que también había participado su marido, Luis y Brígida; pero cuando llegó la hora de tratar con las ovejas nadie se acercaba y si ella se acercaba a los tratantes, la miraban de arriba abajo y la ignoraban.

Entonces Brígida vio a Said y a su tío que se llamaba Sidi Alí. La madre de Brígida agradeció a Said la ayuda prestada para salvar a la oveja y Brígida le dio el zurrón de esparto que le había hecho.

La gente murmuraba porque estaban hablando con esa gente que iba tan raramente vestida, entonces Sidi Alí le dijo algo al oído a la Sra. Pérez: - Te están juzgando por lo que eres y no por cómo eres. Yo no creo que todos los hombres sean iguales en sus habilidades, caracteres o motivaciones, pero sí creo que deberían ser iguales en tener la oportunidad para desarrollar el propio carácter, motivación y habilidad. Hoy este pueblo te está poniendo a prueba, ¡ demuéstrales lo que vales!

Entonces la madre de Brígida se llenó de valentía y se dirigió al grupo de personas que estaba murmurando:

-¿Hombres?, ¿Mujeres? ¡Todos somos personas! El sol brilla por igual en todas las tierras, en todos los hogares amanece y oscurece, sin entender si viven hombres o mujeres. A los ojos del sol todos somos iguales y sobre todos extiende su luz y calor. Tampoco el tiempo o el viento diferencian a hombres y mujeres, ni a justos e injustos. Si llueve, se llenan nuestros pozos y podemos dar de beber a nuestros rebaños, si hay sequía, a todos, se nos muere. Si hay pastos hay para todos y si no llueve no hay para nadie. “Un hombre o una mujer sólo tiene derecho a mirar a otro hacia abajo, cuando ha de ayudarle a levantarse”.

Tengo tanto mérito como mi marido en el cuidado de este rebaño. Yo siempre he respetado a mi marido y los tratos que él ha hecho. Creo que es justo que ahora me respetéis como mujer y hagáis los mismos tratos que hacíais con él. Todos somos iguales, la diferencia no está en el nacimiento sino en la virtud. No me juzguéis sólo por ser mujer, dadme una oportunidad para demostrar mi habilidad para tratar con vosotros. ¡Ah! y además quiero decir a los que habéis murmurado sobre Said y Ali, que el que está en contra la igualdad de raza, cul-

tura o color es como el que vive aquí y estar en contra de su rebaño, y no aprecia a sus churras y merinas.

Después de estas palabras se produjo un gran silencio en la plaza del pueblo y empezaron a acercarse un hombre, dos, tres y más, así pudo hacer sus tratos, compró y vendió. Brígida que andaba observando a su madre, le dijo: - ¡Mamá, mamá te pido un favor! - ¿Qué quieres hija?

- Ni churras ni merinas, no te fijas en la raza, fíjate en la cantidad de leche que dan y en la calidad de la lana de las ovejas.

- Su madre entendió el mensaje que Brígida le quiso dar.

Todos muy contentos por los tratos que habían hecho, subieron a la montaña a contar a papá todo lo ocurrido. Papá estaba tan orgulloso de su familia que pensó que a partir de ahora siempre bajarían todos juntos al pueblo. No habría nunca más tareas exclusivas para Brígida o para Luis, e incluso él mismo haría las tareas de su mujer y su mujer las de él. Al fin y al cabo el éxito de su familia no dependía de niño o niña, hombre o mujer sino de la actitud, el compromiso y la motivación de todos juntos.

La siguiente vez que la familia Pérez bajó al pueblo, todos le felicitaban y comentaban como muchas mujeres querían se-

guir el ejemplo de la Sra. Pérez y tomar parte en los tratos ganaderos. El alcalde notó un gran cambio en sus conciudadanos, vio que eran más justos, y que se profesaban más respeto los unos a los otros, independientemente, de si eran hombre o mujer, religión o cultura que tuvieran, pues Said y Sidi Alí se convirtieron en uno más y nunca nadie más volvió a murmurar sobre ellos.

El alcalde decidió, incluso cambiar el nombre del pueblo. Así a la entrada del mismo había un cartel que decía: Bienvenido a Equidad, la primera en igualdades.

Said también estaba orgulloso de tener una amiga como Brígida. Pues aunque no era rica en cosas sí que tenía una gran riqueza interior, tenía un corazón muy grande. A ella no le importaba el rango, actividad, origen o identidad social que cada uno tenía. Ella simplemente amaba a la gente por cómo era por dentro y no por lo que parecía.

Y siempre llevaba el zurrón que Brígida con tanto cariño le había hecho, y en cuyo interior encontró una nota que decía: Igualdad se escribe con "i" de ilusión, con la misma que te regalo este zurrón.

¿Latxa? ¿Churra? ¿Merina? ¡Ovejas! - La amistad es una igualdad armoniosa. Sahab.

¿Hombre? ¿Mujer? ¿Niño? ¿Niña? ¡Personas! Igualdad es armoniosa amistad. Siempre amigos.

Fin

A stylized illustration of a shepherd with a beard, wearing a striped tunic and a matching hat. He is holding a long wooden staff in his left hand and gesturing with his right hand. The background is a soft-focus landscape with green grass and a yellow sun.

Agradecimientos

A las personas que han formado parte del jurado, por su colaboración desinteresada y su sensibilidad artística y en pos de la igualdad.

- Visitación Vázquez García.
Representante del movimiento asociativo de mujeres de Alcalá la Real.

- Encarna Corral Martínez y Enrique López Ríos.
Representantes de la comunidad educativa.

- Rosa Castillo González.
Representante de las Asociaciones de madres y padres de Alcalá la Real.

- Jose Ignacio Cervera Nieto.
Representante del mundo literario de Alcalá la Real.

- Miguel Ángel Hinojosa Baca.
Ganador del II Certamen de Cuentos por la igualdad 2011

A todas las personas que han participado con sus obras en el Tercer Certamen de Cuentos por la Igualdad que ha organizado éste Ayuntamiento.

Las ilustraciones originales han sido realizadas por Juan Manuel Moreno Sánchez.

www.juanmamoreno.blogspot.com

www.alcalalareal.es

